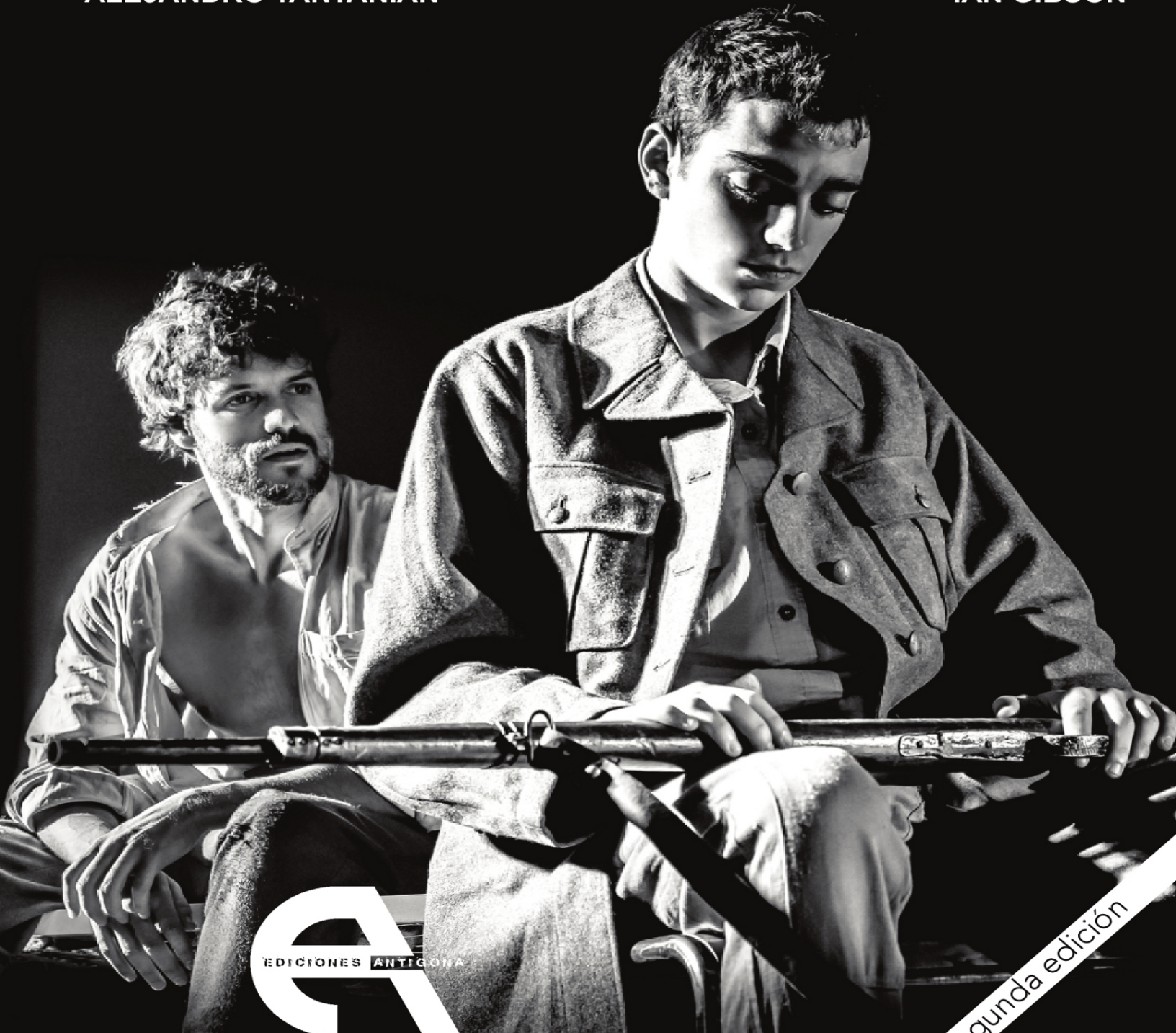


# LA PIEDRA OSCURA

ALBERTO CONEJERO

NOTAS DE  
ALEJANDRO TANTANIAN

PRÓLOGO DE  
IAN GIBSON



**E**  
EDICIONES ANTIGONA

Segunda edición

Una habitación de un hospital militar cerca de Santander; dos hombres que no se conocen y que están obligados a compartir las horas terribles de una cuenta atrás que quizá termine con la muerte de uno de ellos al amanecer. Un secreto envuelto en remordimientos y un nombre que resuena en las paredes de la habitación: Federico. Queda tan solo la custodia de unos documentos y manuscritos como último gesto de amor.

Inspirada en la vida de Rafael Rodríguez Rapún —estudiante de Ingeniero de Minas, secretario de la Barraca y compañero de Federico García Lorca en los últimos años de sus vidas—, *La piedra oscura* es una vibrante pieza sobre la memoria como espacio de justicia y también sobre la necesidad de redención. Un texto en el que se aúnan tensión dramática y pulso poético para levantar interrogantes sobre la naturalización de nuestro pasado más reciente y el destino de los olvidados en las cunetas de la Historia.



ePUB

Alberto Conejero

# **LA PIEDRA OSCURA**

**Prólogo de Ian Gibson**

**Notas de Alejandro Tantanian**



© Alberto Conejero López, 2013  
© Introducción: Ian Gibson  
© Epílogo: Alejandro Tantanian  
© para todos los países en lengua española:  
Ediciones Antígona, S. L.  
C/ Prim 15, local - 28004 (Madrid)  
Tel: 91.119.17.32  
info@edicionesantigona.com  
www.edicionesantigona.com

Primera edición, 2013  
Segunda edición, 2015

Directora de la colección: Concha López Piña  
Diseño de cubierta: Ediciones Antígona  
Todas las imágenes, fotografías e ilustraciones han sido cedidas al autor por los herederos de Rafael Rodríguez Rapún  
Editor: Isaac Juncos Cianca

ISBN: 978-84-15906-07-0  
ISBN digital: 978-84-15906-08-7  
Depósito legal: M-15558-2013

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# **RAFAEL RODRIGUEZ RAPÚN Y *LA PIEDA OSCURA***

Federico García Lorca es el poeta y dramaturgo español más traducido de todos los tiempos. Esto equivale a decir más universal y más amado. Su obra, creada en solo veinte años (1916-1936) —desde el vasto corpus de su *juvenilia* hasta *La casa de Bernarda Alba*, que no pudo estrenar porque ya lo habían matado—, sigue fascinando a lectores, amantes del teatro y estudiosos alrededor del mundo. Y también, inevitablemente, la vida y trágica muerte de quien fue capaz de alumbrar tanta maravilla.

En España, desprovista de estabilidad política y social durante siglos, siempre en guerra consigo misma y sin fe en un posible futuro mejor —el «vivir desviviéndose» de Américo Castro—, no ha habido nada que se pueda parangonar con la larga y sosegada tradición biográfica de Inglaterra, Alemania o Francia, en las que ningún gran escritor del pasado, reciente o lejano, se libra de una constante revisión en este sentido (ningún gran estadista o militar tampoco). Byron, por ejemplo, que murió casi a la misma edad de Lorca, ha generado ya más de treinta biografías, y me imagino que Keats y Shelley también.

Gerald Brenan señaló hace décadas que una de las causas de la escasez de biografías en España, notada por todos los hispanistas, ha sido la resistencia de familias y particulares, por temor al famoso *qué dirán*, a abrir sus papeles íntimos a los ojos de los investigadores, y ello, a veces, hasta muchos años después de la muerte de los involucrados. Lorca no pudo ser excepción a la regla. Debido a su homosexualidad han existido siempre reticencias a la hora de divulgar ciertos documentos y ciertas confidencias, con la consecuencia de que se han perdido cartas y datos de valor incalculable e incluso textos. Un ejemplo lo constituyen las misivas enviadas por el poeta desde Nueva York a Rafael Martínez Nadal, y que este decía que iba a destruir por lo personal de sus contenidos, o los sucesos que forzaron a la publicación *oficial* de *Los sonetos del amor oscuro* tras haber circulado en una edición clandestina. Precisamente un texto dramático del granadino del que solo se conoce la lista de personajes y los momentos iniciales, *La piedra oscura*, da título a la pieza de Conejero. Sabemos que en esa obra nunca escrita o quizá perdida, Lorca pretendía abordar, de manera abierta y sin los ropajes poéticos de *El público*, el tema de la homofobia. «Un drama realista, como los de Linares Rivas» le dijo a Cipriano Rivas Cherif.

Uno de los enigmas de la breve vida del poeta ha sido, y sigue siendo —aunque menos que antes— su complicada relación amorosa con Rafael Rodríguez Rapún, estudiante madrileño de Ingeniería de Minas y Derecho, secretario de La Barraca, muerto a los veinticinco años durante la Guerra Civil. Su compañero en La Barraca, Luis Sáenz de la Calzada, le definió como de «corazón grande y sonrisa cariñosa, perennemente abierta a todos los puntos de la rosa».

La primera vez que se supo públicamente algo de tal relación —que debió iniciarse en los primeros meses de 1933— fue por un reportaje de Cipriano Rivas Cherif difundido a bombo y platillo en México en 1957. En el reportaje, Rivas reconstruía una larga conversación sostenida con Lorca en la Barcelona de 1935, cuando Margarita Xirgu preparaba allí el estreno de *Doña Rosita la soltera*. Resultaba que «R.» se había ido una noche con una gitana, que Lorca estaba desesperado y que le mostró al director teatral (quizás el más renovador de su tiempo) un manojo de cartas recibidas del muchacho para demostrarle hasta qué punto se trataba de una amistad apasionada. Aquellas cartas, para nuestra desgracia, se desconocen y hay que suponer que desaparecieron durante la contienda.

Después sería María Teresa León quien, en 1970, se encargara de consignar lo sucedido con Rodríguez Rapún tras la atroz noticia del asesinato del poeta en Granada. «Nadie como este muchacho silencioso debió sufrir por aquella muerte —escribe en *Memoria de la melancolía*—. Terminadas las noches, los días, las horas. Mejor morirse. Y Rapún se marchó a morir al frente del Norte. Estoy segura de que después de disparar su fusil rabiosamente se dejó matar. Fue su manera de recuperar a Federico». Cipriano Rivas Cherif, detenido en Francia por los nazis, oyó un relato parecido cuando salió del penal de El Dueso en 1945.

Sabemos ahora por el trabajo de documentación de Alberto Conejero que Rapún, pese a la insoportable ausencia del que había sido su compañero durante los últimos años de su vida, combatió hasta el último momento defendiendo la República y sus principios democráticos.

El destino quiso que la Escuela Popular de Guerra en la que se formó como Teniente de Artillería estuviera precisamente en Lorca (Murcia). Fue destinado luego al

frente del Norte para defender Santander ante los avances de las tropas nacionales. Víctima de la metralla de la aviación franquista en Matamorosa, Rafael murió desangrado en el Hospital Militar de Santander el 18 de agosto de 1937 —justo un año después que Federico— y fue enterrado en el cementerio de Ciriego. Un cementerio en el que retumba a ratos y a ratos queda mudo el mar cercano, tal como recoge la última acotación del texto. «Y el mar dejó de moverse» escribió Federico en el poema *Asesinato de Poeta en Nueva York*. Ocho días después de la muerte de Rafael, Santander cayó en manos de los sublevados y empezó la brutal represión en la ciudad.

Hoy sabemos que Rafael Rodríguez Rapún («Tres Erres» le apodaron en La Barraca) inspiró los tanto tiempo ocultos *Sonetos del amor oscuro* de Lorca y que, si el poeta demoró fatalmente su proyectado viaje a México en 1936 para juntarse allí con Margarita Xirgu, fue debido sobre todo a su renuencia a embarcar hasta no poder acompañarle el amigo predilecto, que se encontraba en el norte del país tras haber terminado sus exámenes de Ingeniero de Minas. La separación estuvo precedida de una de las tantas discusiones de los amantes. Según su íntimo amigo y compañero en La Barraca, Modesto Higuera, Rapún no era gay «pero estaba cogido en esa red, cogido no, *inmerso* en Federico. Después se quería escapar, pero no podía...». El esperado encuentro y reconciliación nunca llegó a producirse. Rapún vivió lo poco que le quedaba de vida con ese remordimiento.

Alberto Conejero, tras rastrear todo lo publicado sobre Lorca y Rapún e investigar por su cuenta, ayudado generosamente por la familia del malogrado joven, ha sentido la necesidad de dramatizar las últimas horas del mismo, inventando, eso sí, su encarcelamiento por los



fascistas antes de morir —que bien pudo haber sido pero no fue—, y respetando escrupulosamente todo lo demás. El dramaturgo se ha liberado de toda servidumbre para con lo real y ha construido ficción para albergar lo verdadero. Y aunque la ocasión, esta última noche de Rafael acompañado de un joven custodio, nunca se produjo, el artificio le permite desplegar con rigor el caudal de nombres, sucesos y acontecimientos. Y todo sobre los raíles candentes del drama.

A su manera la empresa de Conejero encaja dentro del movimiento por la recuperación de la memoria histórica, movimiento tan necesario para la salud del país y calificado calumniosamente por la derecha como intento de «reabrir heridas», cuando estas nunca se han cerrado.

He leído varias veces *La piedra oscura* y debo decir que me parece un texto de excepcional fuerza. Al crear a Sebastián, un joven forzado a vigilar a Rapún durante sus últimas horas, Conejero ha resistido cualquier tentación de caer en el maniqueísmo. El chico es una ingenua víctima más de las circunstancias de la contienda, y de las condiciones sociales que la precedieron. Un joven que no ha estado jamás en un teatro y, por supuesto, nunca oyó hablar de La Barraca, pese a sus representaciones en La Universidad de Verano de La Magdalena. Conejero construye así una obra sobre el peso de la culpa, la redención y la memoria de aquellos a los que la Historia ha dejado en los márgenes de su relato oficial. Un texto de una desesperanzada confianza en el futuro y que lanza una incómoda pregunta sobre los cimientos de la actual democracia española.

El desarrollo del diálogo entre los dos únicos personajes de la obra está orquestado con maestría, con una inmensa ternura contenida, y muy pocos podrán mantener los ojos

secos hasta el final. Tiembla la poesía de Federico en los títulos de las escenas y en las citas que las preceden. Pero también, soterradamente, en los diálogos entre el custodio y el prisionero. Finalmente aparece como una herida viva en la cuartilla de uno de los *Sonetos del amor oscuro*, escondida en el uniforme de Rapún. En el juego entre ficción e Historia, Conejero elige que la presencia de Federico se materialice en lo que precisamente no se ha conservado del poeta granadino: su voz, «una voz sin cuerpo ya», como escribió en el soneto *A Mercedes en su vuelo*. El teatro nos permite apaciguar esa ausencia, haciendo presente lo que por siempre será invisible.

Espero que *La piedra oscura* encuentre cuanto antes su lugar en los escenarios teatrales porque su mensaje es necesario en una España donde, vergonzosamente, todavía yacen en cunetas más de 100.000 víctimas del fascismo, entre ellos el desaparecido más célebre de todos, por la recuperación de cuyos restos hace votos el personaje de Rapún pocos minutos antes de desaparecer para siempre él mismo.

A Alberto Conejero le ofrezco mi más cordial enhorabuena por esta obra que a mí me ha conmovido. Y espero con impaciencia la publicación del estudio biográfico de «Tres Erres» que ya tiene entre manos y que necesitamos urgentemente.

IAN GIBSON

Madrid, 4 de febrero de 2013